

La “Edad de la Estulticia”

(De cómo la transformación de animales herbívoros en carnívoros provocó la alarma social por la epidemia de una enfermedad neurodegenerativa transmisible)

J. Gérvás

Médico General. Canencia de la Sierra. Madrid.

El conjunto de enfermedades neurodegenerativas transmisibles se relaciona con el gen PRNP, del brazo corto del cromosoma 20. Por ejemplo, la mutación del gen PRNP es la causa del síndrome de Gertsmann-Straussler-Scheinker, una degeneración espinocerebelosa hereditaria infrecuente. También tiene herencia autosómica dominante la presentación familiar de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, en la que hay mutaciones varias del gen PRNP y presencia en el encéfalo de varillas de priones, o fibrillas asociadas al *scrapie* (del inglés *to scrape*, rascar, enfermedad neurodegenerativa de las ovejas en las que se produce la muerte tras graves lesiones por picor y rascado patológico). Llamamos prión a la proteína patológica (PrP^{Sc}), infecciosa, resistente a la digestión proteolítica, isomorfa de la proteína PrP^C, sintetizada a partir de la información contenida en el gen PRNP. Desconocemos la función fisiológica de la proteína isomorfa normal, pero se encuentra en grandes cantidades en las neuronas; a nuestra ignorancia acerca de la actividad de la PrP^C se une el desconocimiento del mecanismo de acción de la PrP^{Sc}, del prión, pues no sabemos cómo se replica, cómo induce el cambio de la isomorfa fisiológica y cómo produce el daño celular. La presentación familiar de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob no es contagiosa, excepto si se trasplantan córnea o duramadre de enfermos a sanos, o si se emplea hormona de crecimiento procedente de hipófisis de pacientes (el uso y abuso del tratamiento hormonal provocó otra epidemia, de la que se habla poco, naturalmente).

Desde hace más de 3 décadas sabemos que el *kuru*, otra enfermedad neurodegenerativa transmisible, puede eliminarse si se cambian los hábitos alimentarios. La enfermedad se eliminó, por cierto, antes de conocer su etiología, como en el ejemplo clásico de eliminación del escorbuto en los marineros con zumo de limón, antes de conocer la presencia y mecanismo de acción de la vitamina C. El *kuru*, una ataxia cerebelosa grave, fue endémica en una tribu de Nueva Guinea, en la que se practicaba el canibalismo

ritual funerario, de forma que los varones adultos comían los músculos y el corazón del muerto, y las mujeres y los niños, el cerebro. La incidencia llegó a ser del 1%, y cayó bruscamente cuando se consiguió eliminar el canibalismo ritual. En la actualidad, a comienzos del siglo XXI, el canibalismo forzado de la ganadería europea y los coletazos del liberalismo conservador inglés han provocado otra epidemia de una enfermedad degenerativa transmisible: la presentación esporádica de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob. La historia de esta epidemia tiene mucho de patología social, de patología de la salud pública.

La crisis del petróleo de la década de los setenta conllevo la presión por el ahorro de los costes en la producción de piensos, a costa de disminuir la temperatura de esterilización de sus componentes, consentido en la Inglaterra liberal, de apoyo al negocio y al beneficio rápido. Además, la política paternalista de la entonces Comunidad Europea llevó al protecciónismo simple en la ganadería, a la subvención de los rebaños de cabras y de ovejas por el fácil método de incentivar la cantidad (el número de cabezas), y no la calidad –la actual política de incentivos a los médicos generales se basa también en lo simple y fácil, la cantidad, y no en lo lógico, la calidad; esperemos que no desencadene otra “epidemia” de enfermedad y muerte, más peligrosa que la de las vacas locas–. Los pastores tuvieron motivos para mantener vivos a los animales enfermos, lo que hizo que aumentara extraordinariamente la prevalencia del *scrapie* en los rebaños (los animales enfermos eran rápidamente sacrificados cuando no había incentivos para mantener cabezas no productivas). Además, para aumentar el contenido en proteínas de los piensos, se añadían restos animales, incluyendo ahora numerosos cadáveres completos de ovejas y cabras con *scrapie* muy desarrollado; el aumento del material infeccioso y la disminución de la temperatura de esterilización aumentó el contenido en priones de los piensos ingleses. Pronto, con un período de incubación en torno al trienio, los priones afectaron al cerebro del ganado vacuno y se desencadenó una epidemia de encefalopatía espongiforme bovina. El gobierno liberal inglés ocultó el problema para “salvar” a los ganaderos y

productores de pienso cárnico. Con el tiempo, con un período de incubación en torno a la década (que puede ampliarse hasta los 60 años, pues nuestro desconocimiento al respecto es casi absoluto), los priones pasaron a la especie humana y empezó la epidemia de casos esporádicos de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob en el Reino Unido. Preñonado por los científicos y por la prensa, el gobierno inglés prohibió el uso de los piensos "cárnicos" y empezó a limpiar su cabaña en 1988. Francia tomó medidas similares en 1990. España esperó a 1994. En el 2000 se diagnosticaron los primeros casos españoles de encefalopatía espongiforme bovina, enfermedad de las vacas locas, y con ellos llegó la necesidad, la confirmación de que nos ha tocado vivir la "Edad de la Estulticia". Las vacas locas han confirmado que no hay política veterinaria ni política de salud pública. El PSOE aprovecha la oportunidad contra el PP, como aprovechó la del envenenamiento de la colza contra UCD, pero en este caso es tan culpable como el gobierno actual, por su falta de reacción en la década de los noventa. No es culpable, evidentemente, de la falta de control y de liderazgo científico y político del PP.

Todavía, no ha habido un solo caso esporádico español de enfermedad de Creutzfeldt-Jakob atribuible a la encefalopatía espongiforme bovina, y no se esperan en total más de 3.000, en la peor de las hipótesis (300, en la mejor alternativa), por la baja infectividad de los priones. Pero la política gubernamental, la histeria de los medios de comunicación y el miedo de la población llevan a la percepción de un peligro mortal general frente a la carne de vacuno.

Con ese miedo se ha actuado por primera vez, aunque tímidamente, contra la cadena mafiosa que importó pienso cárnico inglés, lo distribuyó y lo utilizó, y contra la otra mafia, la de los ganaderos y empresarios que utilizaban los mataderos clandestinos para comercializar la carne del ganado enfermo. ¿Irán a la cárcel las autoridades políticas que consintieron este atentado contra la salud pública?

Lo que es peor, una crisis de esta envergadura no servirá para ordenar la salud pública veterinaria, donde se utilizan productos farmacéuticos con controles ridículos, o sin control alguno, lo que conlleva problemas como la resistencia a los antibióticos, cuyas consecuencias hacen ridícula la algarabía de las vacas locas. Se calcula que se producen anualmente entre 5.000 y 10.000 muertes por la resistencia a los antibióticos, cifra que supera a la mortalidad producida, por ejemplo, por los accidentes de tráfico o los accidentes laborales. Compárese su efecto social, la alarma y el impacto político, con las 60 muertes anuales de mujeres maltratadas (sin que la comparación elimine, por supuesto, la importancia de las mismas).

Sin duda, no estamos en la Edad Media sino en la "Edad de la Estulticia", en la que nos gobierna la conjura de los necios y malandrines que logran manejar la ansiedad de la población en provecho propio. No existen prioridades. Estamos cada vez más sanos, pero más preocupados.

¿El sano preocupado? ¡Un paciente típico de los médicos generales! Apliquemos, pues, grandes dosis de medicina general a esta sociedad enferma típica de la "Edad de la Estulticia".